

LA ESPERANZA NO MUERE Y NO SE PIERDE Romanos 8: 24-27

La semana pasada terminé el sermón diciendo que la gente dice que la esperanza es lo último que muere o se pierde, pero dije que en el creyente esta frase no aplica porque el verdadero creyente nunca pierde la esperanza en Dios. El verdadero creyente sabe esperar hasta lo último de su vida porque sabe que vale la pena confiar y esperar en Dios.

Cuando llegan los problemas, cuando todo se nos junta y estamos a punto de explotar, cuando no podemos más y queremos abandonarlo todo, muchas veces cuestionamos la bondad de Dios. Muchas veces no entendemos por qué tenemos que pasar por momentos difíciles, pero es precisamente en esos momentos cuando más debemos descansar en el Señor que prometió estar con nosotros todos los días de nuestra vida (*Mt. 28:20*); el que prometió que cuando pasemos por los ríos no nos inundaríamos, que no nos dejaría naufragar y que cuando pasemos por el fuego no nos dejaría quemar (*Is. 43:2*).

Creer en Dios es esperar en Él. Creer en Dios es un asunto de fe y la fe siempre apunta hacia la esperanza futura. Entonces si es un asunto de fe, la fe tiene que ser mucho más grande que nuestros miedos porque Dios es infinitamente más grande que nuestros problemas, que nuestros dolores, que nuestras angustias, que nuestras enfermedades y que nuestras necesidades. Dios todo lo puede como le dijo el ángel a María (*Lc. 1:37*), y como dijo el Señor Jesús cuando hablaba al joven rico (*Mc. 10:27 / Lc. 18:27*). Dios todo lo puede, pero, ¿será que Dios quiere hacerlo para mí? Si está en conformidad con su voluntad es seguro que sí (*1Jn. 5:14*), pero además, el Señor Jesús dijo: “...*Si puedes creer, al que cree todo le es posible*” (*Mc. 9:23*). Cuando estos dos factores se juntan, es decir, la voluntad de Dios y la fe del creyente, grandes cosas ocurren; se mueven montañas (*Mt. 17:20*).

¿Cómo sabemos si es la voluntad o no de Dios en algún asunto por el que estamos orando? No lo sabemos, por eso debemos estar orando sin desmayar; otra vez, esto es un asunto de fe; esa fe que alimenta la esperanza hasta el último segundo de nuestra vida, que nos hace confiar y esperar en Dios en medio de la oscuridad y que, mientras Dios actúa, nos hace trabajar en su obra y nos hace estar alabándole todo el tiempo.

No sabemos si Dios concederá lo que le pedimos, pero cuando venimos en oración delante de su presencia venimos con la convicción de que Él nos escucha. Pablo le dijo a los Hebreos: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”* (Heb. 11:6). También le dijo a la Iglesia en Filipo: *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”* (Flp. 4:6-7). Como no sabemos si es o no la voluntad de Dios, el Señor, lo primero que hace en nosotros cuando venimos con fe a Él en oración, es darnos de su paz. La paz nos ayudará ya sea a esperar o a aceptar su voluntad sabiendo que lo que Él decida siempre será lo mejor.

En fin, podría pasarme toda la tarde y más días predicando de todas veces que la Palabra de Dios nos invita a buscarle en oración y nos motiva a saber que encontraremos respuesta, como cuando el Señor Jesús dijo: *“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”* (Mt. 7:7 / Lc. 11:9), o como cuando Santiago dice: *“...no tenéis lo que deseáis porque no pedís”* (Stg. 4:2), pero creo que lo que hemos visto es suficiente para entender que vale la pena confiar y esperar en Dios sin importar lo oscuro que se vean las cosas. En nuestro pasaje Bíblico de hoy el Apóstol Pablo habla acerca de la esperanza.

“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo?” (v.24).

Como ya he dicho en muchas ocasiones, la esperanza no es un buen deseo, es la confianza de que algo ocurrirá, particularmente cuando se trata de las promesas de Dios. Pablo describió, por ejemplo, la esperanza de Abraham, quien le creyó a Dios y llegó a ser el padre de multitudes conforme se le había prometido, estando ya él y su esposa en la vejez (Ro. 4:18).

Fe y esperanza siempre van de la mano. Fuimos salvos por fe, pero tenemos la esperanza, es decir, la certeza de que un día estaremos con Dios en su gloria por la eternidad. Fuimos salvos porque creímos y ahora esperamos el momento de reunirnos eternamente con el Señor que nos salvó; no sabemos cuándo ocurrirá, pero sabemos que ocurrirá y esperamos ese momento y mientras esperamos, servimos al Señor; trabajamos en su obra y le alabamos todo el tiempo. Este mismo principio

aplica en nuestras oraciones; usted cree, por eso ora, y mientras Dios da su respuesta, no sabemos cuándo, esperamos pacientemente, sirviéndole y alabándole. Todavía no estamos en la gloria de Dios, pero sabemos que estaremos; de igual manera, todavía no sabemos qué pasará con nuestra oración, pero sabemos que Dios responderá y esperamos. Desde el mismo principio podemos descansar en el Señor. Entonces la esperanza y la fe van unidas a otra gran virtud que se llama la paciencia, es decir, el saber esperar.

Pablo dice que existen tres razones para tener fe, esperanza y paciencia en medio de la aflicción, del dolor y de la angustia: (1) La gloria futura (vv.18-25). Lo que vivimos aquí es temporal, pero lo que nos espera es permanente, eterno; (2) La ayuda del Espíritu que nos fortalece y nos guía a buscar de Dios (vv.26-27); y (3) El propósito de Dios (vv.28-30). Dios no hace cosas o permite que pasen cosas sin un propósito y en medio de nuestro dolor Dios nos está enseñando algo. Tal vez esté trabajando con nuestra fe, nuestro carácter, o nos está preparando para algo, etcétera.

Pero una vez que algo esperado se ve ya deja de ser objeto de esperanza. Pablo dice que la fe es “...la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que **no** se ve” (Heb. 11:1). Al tenerlo o verlo se deja de esperar en ello. Por eso Pablo dice:

“Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos” (v.25).

Existe una relación entre los sufrimientos actuales y nuestra esperanza futura. La fe hace que soportemos pacientemente el sufrimiento que vivimos por cualquier situación, mientras esperamos también con paciencia que Dios intervenga. Otra vez, Pablo habla de la gloria futura de los creyentes, pero este principio de fe, esperanza y paciencia aplica perfectamente en nuestras oraciones diarias. La fe no solo cree que Dios puede hacerlo, la fe cree que Dios lo hará y nos da la esperanza, no como un deseo sino como una certeza, de que así ocurrirá. Las pruebas, el sufrimiento y la angustia se convierten en nada y podemos soportar todo esto cuando por fe esperamos pacientemente y miramos hacia el futuro. Si la fe, la esperanza y la paciencia no están presentes será muy fácil caer en la desesperación, el desánimo y el desfallecimiento.

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (v.26).

A veces las cargas que llevamos son muchas y muy pesadas; podríamos debilitarnos y cansarnos con mucha facilidad y esto nos conduciría al desánimo. Pero parte del trabajo del Espíritu Santo es precisamente fortalecernos y levantarnos. Nos hace llevar nuestras cargas al Señor Jesucristo y depositarlas en Él, como Él mismo nos lo dijo (Mt. 11:28-30). Parte de su trabajo es recordarnos que Dios nunca permitirá llevar más cargas de las que podamos soportar (1Co. 10:13). Esto nos hace caminar ligeros, es decir, aliviados, sin ese peso tan doloroso y nos hace caminar tranquilos esperando en Dios.

La palabra *ayudar*, en griego, es muy hermosa e interesante, significa mucho más que simplemente auxiliar en algo; significa literalmente “*tomar en lugar de*”, es decir, el Espíritu Santo toma nuestras cargas pesadas y nos hace llevarlas a Cristo. ¿Qué más queremos para aprender a confiar y esperar en Dios?

A veces no sabemos cómo orar o cómo pedir algo a Dios. Está en nuestra mente y en nuestro corazón pero no sabemos cómo expresarlo. A veces puede ocurrir que no sabemos si está bien o está mal lo que estamos pidiendo. Cuando todo esto ocurre, el Espíritu Santo viene en nuestra ayuda si buscamos de Él. Santiago escribió: “*Ustedes quieren algo, y no lo obtienen; matan, sienten envidia de alguna cosa, y como no la pueden conseguir, luchan y se hacen la guerra. No consiguen lo que quieren porque no se lo piden a Dios; y si se lo piden, no lo reciben porque lo piden mal, pues lo quieren para gastarlo en sus placeres*” (Stg. 4:2-3).

El Espíritu Santo sabe lo que queremos pedir y nos guía para hacerlo bien, nos interpreta y hasta intercede por nosotros.

“Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (v.27).

Interceder significa hablar en favor de alguien para conseguirle un bien o librarlo de un mal. Dios conoce perfectamente nuestro corazón y las intenciones de éste. El Espíritu Santo nos ayuda a ordenar las ideas y nos quita del pensamiento y del corazón las malas ideas, las oraciones que no son sanas. ¿Pero qué pasa con aquellas peticiones que son buenas pero que no sabemos cómo pedir las en oración? o, ¿cómo sabemos lo que tenemos que pedir? Este un trabajo más del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo nos mueve a orar, la cual es otra de sus funciones, tenemos que movernos en obediencia y entonces, cuando no

sabemos cómo pedir, Él intercede como si fuera un abogado, como si le dijera a Dios el Padre, lo que quisimos decir, pero que no sabemos expresarlo bien; es como si fuera nuestro traductor o nuestro intérprete porque Él sabe perfectamente lo que hay en nuestro corazón y lo que quisimos decir y además intercede por nosotros porque conoce perfectamente la voluntad del Padre.

El Espíritu Santo es la garantía de que recibiremos respuesta del Padre, ya sea un sí, un no, un sí pero luego, o un sí a Mi manera. El Espíritu Santo nos ayuda a hacer eficaz nuestra oración y Santiago dice que “...la oración fervorosa (llena de fe) del justo tiene mucho poder” (Stg. 5:16).

En conclusión.

La semana pasada compartía que el capítulo 8 de la carta del Apóstol San Pablo a los Romanos es mi capítulo favorito en toda la Biblia porque resume bastante bien toda la gracia y el poder de nuestro Dios en favor de los suyos y describe toda la esperanza que el creyente debe tener por saber que tiene por Padre a un Dios de gracia, de amor y de poder. No hay nada que temer. En Cristo estamos más que seguros.

El Apóstol Pablo le escribió a la Iglesia en Roma: “...nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5: 3b-5). El amor de Dios siempre está en sus hijos. No nos avergoncemos de confiar y esperar en Dios.

Como dije la semana pasada, vale la pena confiar y esperar en Dios porque el Espíritu Santo nos impulsa a buscar a Dios y Él nos recibe y nos escucha atentamente como a sus verdaderos hijos; vale la pena confiar y esperar en Dios porque sólo Él nos puede hacer sentir firmes, fuertes y seguros cuando nos refugiamos en Él en medio de nuestras angustias y sufrimientos, entonces no tenemos nada que temer. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque un hijo de Dios nunca pierde su identidad como hijo de Dios, esto es, somos los hijos del Rey. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque, al final, todo este sufrimiento es temporal. A los hijos de Dios nos espera una herencia eterna en un lugar en donde no habrá más llanto, ni dolor, ni sufrimiento, ni pecado. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque, al final, encontramos la recompensa a nuestra

perseverancia y fidelidad, no nada más en el cielo, sino aquí también en la tierra.

Hoy hemos visto que vale la pena confiar y esperar en Dios porque, en su Palabra, Él mismo nos invita en innumerables ocasiones a buscarlo en oración para abrirle nuestro corazón y nos da la garantía de su paz. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque sabemos que, conforme a su voluntad, Él obrará, algo va a hacer y de eso tenemos plena certeza. Por lo pronto, lo primero que derramará en nosotros es su paz. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque las pruebas y sufrimientos que nos vienen, cuando son superados por la fe en Él, tienen su recompensa. Vale la pena confiar y esperar en Él porque el Espíritu Santo nos fortalece cuando estamos débiles y nos anima cuando viene el desánimo, nos ayuda para saber cómo pedir e incluso intercede en favor de nosotros.

Finalmente, vale la pena confiar y esperar en Dios porque la esperanza que es verdadera no es lo último que se pierde y que muere; más bien, la verdadera esperanza nunca muere, no se pierde y tiene su recompensa. No importa lo oscuro de la situación, no importa lo peligroso o grave que se vea, no importa que parezca que no hay una salida, que todo está perdido, vale la pena confiar y esperar en Dios porque la esperanza no muere y no se pierde. Amén. Vamos a orar...